

# Se hizo rico para casarse con la mujer que amaba, pero llegó tarde: él murió de tristeza y ella un día después

06/05/2026



A comienzos del siglo XIII, la península ibérica era un territorio atravesado por guerras, alianzas y fronteras inestables. En ese contexto, la ciudad de Teruel, fundada pocas décadas antes, crecía como enclave estratégico de la Corona de Aragón. Allí, donde el honor, la religión y la posición social definían el destino de las personas, el amor rara vez era una decisión libre. Pero ¿quién puede exigirle algo al corazón? Así, en Teruel nació una de las historias de amor más trágicas y persistentes de la tradición española: la de Isabel de Segura y Juan Martínez de Marcilla.

La historia de los llamados **Los Amantes de Teruel** sobrevivió

siglos no por su veracidad documental, sino por su potencia simbólica. Porque plantea un conflicto que no envejece: **qué pasa cuando el amor llega a destiempo**. ¿Qué pasa cuando elegir no es realmente una opción?

**Se conocieron siendo adolescentes**, probablemente en alguna celebración o espacio común de la ciudad –las plazas, las festividades religiosas, los encuentros sociales donde las familias se exhibían y observaban. No hay una escena documentada, pero **la tradición los imagina cruzándose por primera vez entre miradas sostenidas y silencios elocuentes**. En un mundo donde todo estaba pautado, ese reconocimiento mutuo tuvo algo de inmediato y definitivo.



Una de las pinturas del beso de Isabel a Juan. (Obra: Los amantes de Teruel de 1884, por Antonio Muñoz Degrain)

Los hechos que dieron origen a esta historia se sitúan alrededor del año 1217. Sin embargo, su carácter es incierto: **no existen documentos contemporáneos que los confirmen** y los primeros relatos escritos aparecieron siglos más tarde. Aun así, la tradición sostiene que Isabel de Segura y Juan Martínez de Marcilla –también llamado Diego en algunas

versiones— **pertenecieron a familias influyentes de la ciudad.**

Isabel de Segura era hija de una de las familias más influyentes de Teruel. Educada para cumplir con el mandato de su clase, **creció en un entorno donde el matrimonio era una herramienta de alianza** más que una elección personal. Una joven de gran belleza, de rasgos delicados, piel clara y porte sereno. Pero también de carácter firme, profundamente consciente del deber y del lugar que ocupaba en el mundo.

Juan Martínez de Marcilla, en cambio, provenía de una familia noble pero sin fortuna. Joven, audaz y orgulloso, encarnaba el ideal del caballero sin recursos: **tenía el linaje, pero no el dinero.** Se lo imagina moreno, de mirada intensa y una presencia marcada por la determinación. Para él, **el amor no era solo un sentimiento: era también una promesa que estaba dispuesto a conquistar.**

Tenían alrededor de 18 años cuando decidieron que querían casarse. Pero el padre de Isabel fue claro y brutal en su lógica: **solo permitiría la unión si Juan lograba enriquecerse.** Le dio un plazo concreto: cinco años, un tiempo razonable—según la mentalidad de la época— para que un hombre probara su valor. Cinco años exactos. Ni uno más. Ni uno menos. Un límite preciso que, sin saberlo, terminaría definiendo el destino de ambos.

**Juan aceptó el desafío y partió.** Se unió a campañas militares en territorio musulmán, donde muchos jóvenes buscaban ascenso social, botín y reconocimiento. **La guerra era una vía de movilidad.** Durante esos años, acumuló riqueza y prestigio, construyendo el futuro que le permitiría volver por Isabel.

Isabel sostuvo su promesa durante cinco años. **Pero esa espera no fue pasiva:** estuvo atravesada por la presión constante de su familia, por propuestas de matrimonio insistentes y por el temor creciente de que Juan no regresara. En ese contexto, **su decisión final no fue solo una traición al amor, sino una**

**rendición** frente a un sistema que no le daba margen.



Las tumbas de Isabel y Juan en el Mausoleo de los amantes en la iglesia de San Pedro. (Foto: ABC)

Cuando el plazo estaba por cumplirse y sin noticias de Juan, la presión familiar se volvió insoportable. **Isabel terminó aceptando casarse con otro hombre**, un pretendiente “adecuado”, capaz de darle seguridad y estabilidad.

De su esposo se sabe poco en el relato tradicional. Su figura queda desdibujada, casi funcional, como si la historia misma lo hubiera reducido a un obstáculo más que a un personaje. **No es casual: este no es un triángulo amoroso**. Es una historia sobre el tiempo. Porque a veces no es la falta de amor lo que separa, sino el desajuste. Unos días. Un momento. **Una decisión tomada cuando ya no hay margen para esperar**.

**La boda se celebró. Y al día siguiente, Juan volvió**. Había logrado lo que le habían pedido: regresaba con riqueza y honor. Pero llegó tarde. Terriblemente tarde.

Desesperado, esa misma noche logró entrar en la casa de Isabel. Teruel dormía y todo ocurría en silencio, como si la ciudad entera no pudiera soportar lo que estaba por pasar. La

encontró en su habitación. **Ya no era la joven que había dejado: ahora era una mujer casada.** No hubo reproches largos ni explicaciones posibles. Juan entendió todo en un instante. Entonces le pidió algo mínimo y absoluto: **un beso.** No como reclamo, sino como último gesto. Como si en ese acto pudiera condensarse todo lo que no habían podido vivir.

**Isabel se negó.** No dudó. No porque no lo amara –todo lo contrario–, sino porque ya era una mujer casada. Y en ese mundo, el deber no era una opción: era identidad. Su negativa fue coherente con todo lo que había sido educada para ser. **Elegir a Juan en ese instante hubiera significado traicionarlo todo:** su familia, su lugar, su propia idea de sí misma.

Juan no soportó ese límite. No gritó. No insistió. **Simplemente cayó muerto a sus pies.** Literal, como si el cuerpo ya no pudiera sostener lo que el corazón acababa de perder.

Al día siguiente, durante el funeral, Isabel se acercó al cuerpo. Ya no había normas que cumplir ni futuro que proteger. **Se inclinó sobre él y le dio el beso que le había negado en vida.** Un gesto tardío, íntimo, irreversible. Y en ese instante, murió también.

Con el paso del tiempo, la historia adquirió incluso una dimensión material. En 1555, durante unas obras en la iglesia de San Pedro, **se hallaron dos cuerpos momificados que la tradición identificó como los de los amantes.** Siglos más tarde, esos restos serían colocados juntos, reforzando la idea de que, al menos en la memoria colectiva, Isabel y Juan lograron finalmente lo que la vida les negó.



Detalle de las manos de las estatuas, no llegan a tocarse. (Foto: Fundación Amantes de Teruel)

A lo largo de los siglos, **su historia fue recreada en obras de teatro, poemas y relatos populares**, convirtiéndose en uno de los mitos románticos más persistentes de España. Como otras grandes historias de amor trágico –desde Romeo y Julieta–, la de Isabel y Juan encontró en la imposibilidad su forma de permanencia.

**Hoy, en Teruel, sus figuras descansan juntas.** No como celebración de un final feliz, sino como recordatorio de algo mucho más incómodo: **el amor, cuando es verdadero, nunca**

**fracasa, solo que a veces llega tarde.**

Porque hay historias que no terminan cuando terminan. Perviven como un regalo de romanticismo a la posteridad.

Fuente: TN